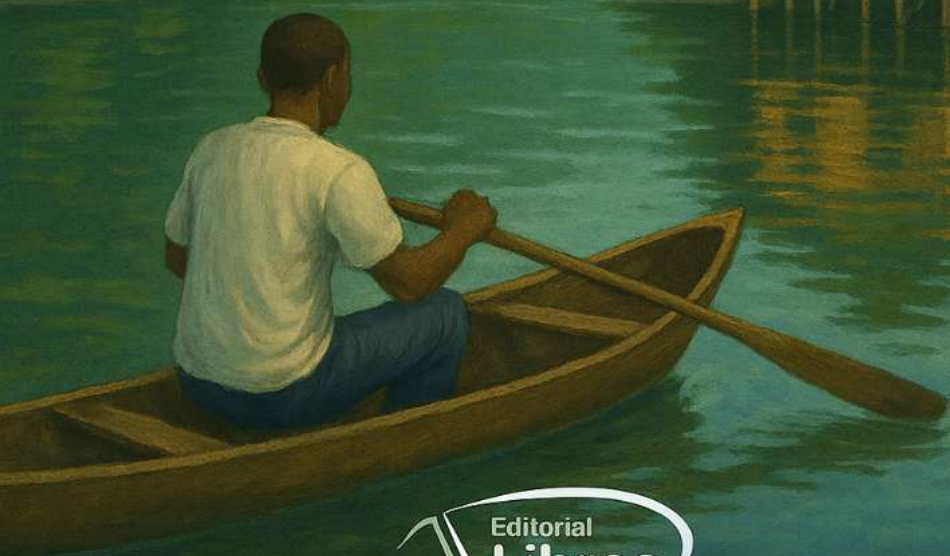


Saberes, bosques y memorias vivas en Buenaventura

Victor Hugo Moreno Moren
Yiner Andres Benítez Angulo
Kelly Rosio Cuero Rentería



Título: Saberes, bosques y memorias vivas en Buenaventura

Autores: Víctor Hugo Moreno Moren; Yiner Andrés Benítez Angulo & Kelly Rosio Cuero Rentería

Edición: Leonardo Valencia Echeverry

© Víctor Hugo Moreno Moren; Yiner Andrés Benítez Angulo & Kelly Rosio Cuero Rentería

© EDITORIAL: LIBROS PARA PENSAR

Primera Edición 2025

ISBN: 978-628-01-8694-8

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia u otro método, sin el permiso previo y por escrito del autor.

Hecho en Colombia

Printed in Colombia

Queda hecho el Depósito Legal



Prólogo

Cuando pensamos en los grandes tesoros de la humanidad, imaginamos metales preciosos, monumentos de piedra o avances tecnológicos. Rara vez pensamos en una semilla pequeña, en una hoja que cura, en el conocimiento ancestral transmitido en susurros de generación en generación.

Sin embargo, en los bosques secundarios de la Comuna 12 de Buenaventura, el verdadero tesoro no yace bajo la tierra, sino que crece sobre ella, vibra en sus colores, en sus aromas, en sus silencios vivos. Allí, cada planta guarda secretos de salud, de alimentación, de fe, de pertenencia. Cada especie vegetal no maderable —esas que la mirada apresurada del mundo moderno podría pasar por alto— representa un pacto entre el ser humano y la naturaleza: un pacto de respeto, de sabiduría compartida.

Este libro nace del deseo de reconocer y honrar ese pacto.

Al caminar estos bosques, al escuchar las voces de quienes los conocen íntimamente, entendimos que el conocimiento tradicional no es un vestigio del pasado, sino una fuerza viva, resiliente, capaz de sostener comunidades enteras en tiempos de incertidumbre. Supimos, también, que ese conocimiento es frágil: puede

desaparecer si no lo miramos, si no lo valoramos, si no lo cuidamos.

Hoy, más que nunca, necesitamos aprender de estos saberes que ven en una palma, en una liana o en una flor, no solo recursos, sino aliados. Necesitamos recordar que proteger un bosque no es proteger un paisaje: es proteger historias, memorias, futuros posibles.

Invito al lector a adentrarse en este viaje. A caminar despacio entre árboles que respiran tiempo. A descubrir en cada planta una herencia viva. A comprender que, mientras existan guardianes del bosque, como los que aquí nos comparten su saber, aún hay esperanza.

Este libro no solo nos muestra un ecosistema: nos muestra un modo de vida enraizado en el respeto profundo por la tierra. Un modo de vida que merece ser escuchado, celebrado y, sobre todo, protegido.

Leonardo Valencia Echeverry¹, 2025

¹ Antropólogo con maestría en Recursos Digitales Aplicados a la Educación.

ÍNDICE

☐ Prólogo	5
ÍNDICE.....	7
Introducción:.....	15
La riqueza oculta en el bosque	15
Capítulo 1	17
El bosque secundario: un renacer natural	17
Capítulo 2	25
Voces del bosque: sabiduría que cura y alimenta..25	
El bosque como farmacia viva	25
Plantas mágicas: guardianas invisibles.....	31
El bosque que alimenta y viste	35
El alimento que brota del monte.....	36
El vestido y el refugio natural	38
El valor cultural del alimento del bosque	40
La amenaza a la despensa verde	41

Un llamado a reconectar con el bosque.....	42
Saber amenazado: fracturas en la transmisión...	43
Formas de resistencia y esperanza.....	45
Espacios intergeneracionales donde mayores y jóvenes puedan encontrarse en torno al aprendizaje práctico	47
Programas de educación ambiental territorializada que incluyan el bosque como aula viva.....	49
Reconocimiento social y político de los sabedores tradicionales como guardianes de patrimonio cultural y biológico.....	51
Salud en disputa: más allá del bosque	52
Brechas de acceso y precariedades estructurales	53
Innovaciones silenciosas: partería y saber tradicional.....	54
Nuevos retos: migración y multiculturalidad	55
La distancia simbólica: entre el Estado y el territorio.....	56
Hacia una salud con rostro local.....	57

Integrar de manera formal y respetuosa a parteras, sabedores y líderes comunitarios en la planificación y ejecución de programas de SSR.....	58
Desarrollar estrategias de educación sexual adaptadas culturalmente, que dialoguen con los valores y cosmovisiones locales.....	59
Fortalecer los sistemas de salud rurales con infraestructura, transporte digno y personal estable y capacitado.....	60
Asignar presupuestos basados en criterios de equidad territorial y no en cifras invisibilizadoras.	62
Tejiendo memorias, sembrando futuro.....	63
Capítulo 3	67
Viaje a tres bosques: saberes que renacen en la espesura	67
Saberes que curan: la transmisión como acto de vida.....	75
Una diversidad amenazada, un futuro posible...	77
Capítulo 4	79
La diversidad que sostiene la vida.....	79

El índice de Shannon: el murmullo múltiple del bosque	80
El índice de Simpson: la fortaleza de la variedad	81
Los índices de Jaccard y Sorensen: parientes cercanos, parientes lejanos	81
Más que números: un llamado a proteger la diversidad	83
Capítulo 5	85
Saberes en riesgo, bosques en peligro	85
La presión de la urbanización.....	85
La amenaza de los monocultivos.....	86
La erosión cultural: saberes que se apagan.....	87
Consecuencias: cuando se pierde un saber, se pierde un mundo.....	88
Capítulo 6	91
Hacia una nueva cultura de conservación	91
La educación ambiental como semilla de futuro	92

La conservación participativa: el bosque como bien común	93
Revitalizar el saber: memoria viva, futuro posible	93
Caminos de esperanza	94
Conclusión.....	97
Bibliografía.....	99

**SABERES,
BOSQUES Y
MEMORIAS VIVAS
EN
BUENAVENTURA**

Introducción:

La riqueza oculta en el bosque

Los bosques son mucho más que simples árboles para quienes los habitan y los recorren día tras día. Son farmacias naturales, despensas de alimento, y refugios de fe y tradiciones. En cada hoja, en cada raíz, en cada fruta, habita una historia que conecta la vida humana con la sabiduría de la naturaleza.

En el distrito especial de Buenaventura, al suroeste de Colombia, resisten como un tesoro poco visible, los bosques secundarios húmedos tropicales de la Comuna 12. Aún marcados por la huella de las transformaciones humanas, estos bosques continúan siendo fuente de salud, alimento, cultura y esperanza para las comunidades que los rodean.

Este libro es una invitación a recorrer, a través de la palabra y del conocimiento tradicional, tres sitios de este ecosistema: el “Bosque de la Universidad del Pacífico”, el “Paraje de Los Curas”, y la “Zona del Liceo de Occidente”. En cada uno de estos transectos, la diversidad vegetal ofrece no solo su belleza, sino también pistas de su importancia y sus múltiples

usos: Son plantas que curan enfermedades, resguardan creencias, adornan hogares, alimentan cuerpos y sostienen formas de vida.

La caracterización de los productos no maderables —especies vegetales distintas de la madera, pero igualmente vitales— realizada en estos bosques, revela una riqueza silenciosa pero amenazada. Y tal amenaza no recae solo sobre el bosque, sino también sobre el saber ancestral que durante generaciones permitió identificar, recolectar y utilizar estas plantas, y que hoy se enfrenta al olvido, empujado por la presión del desarrollo urbano, la pérdida de biodiversidad y los cambios socioculturales.

A través de este libro, aspiramos a visibilizar las voces del bosque y las comunidades que lo habitan, y que han sido sus guardianas invisibles. Conservar la naturaleza no es solo una tarea de *cuidar* árboles: es proteger saberes, historias, curaciones, modos de vida, memorias vivas que germinan y florecen y que, si no somos cuidadosos, pueden desaparecer.

Que este libro sirva para reconocer, valorar y defender esa riqueza oculta que aún late en el corazón de Buenaventura, y en tantos otros rincones donde el bosque y el ser humano todavía caminan juntos.

Capítulo 1

El bosque secundario: un renacer natural

Cuando una herida se abre en la tierra — cuando el ser humano tala, siembra, construye o abandona—, el bosque no muere del todo. Se repliega, se reinventa, espera su momento. En esos silencios fértiles, nacen los bosques secundarios: territorios de resiliencia, donde la vida aprende a brotar de nuevo, a pesar de las cicatrices.

En la Comuna 12 de Buenaventura, justo en el umbral entre ciudad y selva, estos bosques secundarios se extienden como testigos silenciosos de una historia reciente, tejida entre el abandono, la resistencia y la esperanza. Se ven como espacios modelados por una relación compleja entre los seres humanos y la naturaleza: zonas taladas para la agricultura o para asentamientos, que, una vez liberadas de la presión humana intensa, permiten al bosque desplegar de nuevo su manto verde. Aunque diferentes en estructura y composición de los bosques primarios, estos nuevos paisajes conservan un valor ecológico y cultural inmenso.

El bosque secundario ha sido definido como aquella vegetación leñosa de carácter sucesional que se desarrolla sobre tierras cuya vegetación original fue destruida por actividades humanas (Smith et al., 1997). Su recuperación depende de factores diversos: la intensidad y duración del uso anterior, la cercanía de fuentes de semillas, y la memoria biológica almacenada en el propio suelo (Organización del Tratado de Cooperación Amazónico, 2023).

Pero esto no quiere decir que un bosque secundario sea un bosque disminuido. Es, en esencia, una segunda oportunidad. Un lugar donde las especies pioneras reconstruyen los equilibrios rotos, donde la diversidad, paciente, vuelve a desplegarse, donde los saberes tradicionales encuentran nuevas formas de expresión. Estos bosques ofrecen alimento, medicina, materiales para el hogar y protección espiritual a las comunidades que los rodean.

En Buenaventura, el bosque secundario es refugio y despensa. Aquí, los productos forestales no maderables (PFNM), definidos como "bienes de origen biológico, distintos de la madera, derivados del bosque, de otras áreas forestales y de los árboles fuera de los bosques" (FAO, 1999), adquieren un protagonismo vital. Ellos son las fibras con que se tejen los canastos, los frutos que alimentan jornadas enteras, las

raíces que curan males invisibles, las hojas que protegen contra los vientos del infortunio.

La zona estudiada, como dijimos, comprende tres sitios singulares: el campus de la “Universidad del Pacífico”, el sector conocido como “Los Curas” y el área del “Liceo de Occidente”. Cada uno, pese a la cercanía geográfica, presenta un paisaje vegetal único, modelado por su historia de intervención humana y su nivel de conexión con el saber tradicional.

A simple vista, caminar por estos bosques podría parecer una experiencia similar. Pero basta detenerse un instante, abrir los sentidos, para descubrir que cada sitio canta una melodía diferente: los matices en la composición de las especies, la densidad variable de las palmas, el diverso trino de las aves, la textura misma del suelo bajo los pies.

En medio de la humedad cálida y el verde infinito, la naturaleza no solo resiste: florece. Y en ese renacer silencioso recuerda a quienes saben mirar que el bosque no es un recurso pasivo. Es un compañero vivo. La recuperación de un ecosistema es también la recuperación de una memoria, de una forma de estar en el mundo que respeta los ritmos de la tierra.

Como lo indican investigaciones recientes, los bosques secundarios pueden ser manejados

para proporcionar muchos de los servicios ecológicos y económicos que antes ofrecían los bosques primarios (Organización del Tratado de Cooperación Amazónico, 2023). No son solamente un almacén de bienes materiales, sino que son esenciales para la conservación de la biodiversidad, el mantenimiento de medios de vida y la resiliencia climática.

Por eso el bosque secundario de Buenaventura no es un vestigio del pasado: es una promesa de futuro. Una promesa que depende de nuestra capacidad de reconocer, valorar y proteger.

Los Productos Forestales No Maderables (PFNM) desempeñan un papel fundamental en la vida de numerosas comunidades rurales, indígenas y campesinas alrededor del mundo. Estos recursos, que abarcan alimentos, medicinas, fibras, resinas, aceites, materiales de construcción y más, se extraen del bosque y de sistemas agroforestales sin implicar la tala de árboles.

Según Aguirre y Aguirre (2021), los PFNM son esenciales para la satisfacción de necesidades básicas de subsistencia, proporcionando insumos vitales como alimentos, medicinas tradicionales y materiales para la construcción de viviendas y utensilios.

Más allá de su utilidad inmediata, los PFMN constituyen una fuente clave de ingresos para muchas poblaciones locales. Aunque su aprovechamiento suele desarrollarse en el marco de economías informales —poco visibles en las estadísticas oficiales—, para numerosas familias rurales representan el principal medio de sustento (Aguirre & Aguirre, 2021). Esta situación es especialmente evidente en regiones como la Amazonía, donde los PFMN son, a menudo, la única alternativa económica disponible.

El uso sostenible de estos productos emerge, además, como una estrategia clave para la conservación de los bosques. Al promover alternativas económicas basadas en la biodiversidad, los PFMN contribuyen a preservar los ecosistemas y a disminuir la presión sobre los recursos madereros tradicionales (Aguirre & Aguirre, 2021). De esta manera, se establece un vínculo virtuoso entre la conservación ambiental y el desarrollo económico local.

Desde el punto de vista cultural, los PFMN encierran un significado profundo. La recolección de plantas medicinales, tintes naturales, resinas aromáticas y fibras vegetales forma parte del acervo espiritual y práctico de múltiples comunidades, fortaleciendo su identidad y transmitiendo saberes ancestrales

de generación en generación (Aguirre & Aguirre, 2021).

Adicionalmente, algunos PFNM han encontrado un espacio creciente en los mercados internacionales. Productos como aceites esenciales, frutas amazónicas y fibras artesanales comienzan a ser valorados en nichos de mercado orientados hacia el consumo ético y sostenible, abriendo nuevas oportunidades de mejora económica para los productores locales (Aguirre & Aguirre, 2021).

En síntesis, los PFNM no solo satisfacen necesidades básicas y económicas, sino que constituyen una estrategia viable para la conservación de la biodiversidad y el fortalecimiento cultural de las comunidades rurales. Reconocer su valor y fomentar su manejo sostenible resulta, por tanto, crucial para avanzar hacia un modelo de desarrollo más equitativo y respetuoso con los ecosistemas forestales.

En esta misma línea de buscar alternativas sostenibles, la implementación de proyectos de bonos de carbono, como REDD+, aparece como una estrategia innovadora en el distrito de Buenaventura. Según Castro (2024), en su trabajo de maestría *“Entre carbono y comunidad: análisis de conflictos socioambientales en la implementación de proyectos de carbono en comunidades étnicas: estudio de caso proyecto*

REDD+ en el Consejo Comunitario de Bajo Calima, distrito de Buenaventura”, estos proyectos buscan reducir las emisiones de gases de efecto invernadero (GEI) mediante la conservación de los bosques, al tiempo que generan ingresos para las comunidades locales, articulando objetivos ambientales y sociales.

Sin embargo, la implementación de iniciativas como REDD+ no está exenta de desafíos. Castro (2024) identifica tensiones entre la conservación y los derechos territoriales de las comunidades afrodescendientes. Estos conflictos reflejan las complejidades inherentes a la gobernanza ambiental en contextos de diversidad étnica y cultural.

El análisis de Castro se inspira en la teoría de los bienes comunes de Elinor Ostrom (2011), que resalta la importancia de las instituciones locales en la gestión sostenible de los recursos. Desde esta perspectiva, la participación activa de las comunidades en la toma de decisiones es fundamental para garantizar la sostenibilidad a largo plazo.

Entre los factores que alimentan los conflictos en Bajo Calima destacan la percepción de pérdida de autonomía territorial, la distribución desigual de los beneficios y la limitada inclusión de la comunidad en los procesos de toma de decisiones (Castro, 2024). Estos elementos subrayan la necesidad de fortalecer los

mecanismos de gobernanza local con procesos participativos, transparentes y culturalmente pertinentes.

Castro (2024) concluye que para que proyectos como REDD+ sean verdaderamente sostenibles, no basta con medir su éxito en términos de reducción de emisiones. Deben fortalecer las capacidades locales, proteger los derechos colectivos y construir procesos de desarrollo que respeten las identidades culturales y los modos de vida ancestrales.

El bosque secundario de Buenaventura, con su diversidad y sus voces, nos recuerda que no hay conservación posible sin justicia. No hay futuro posible sin memoria viva.

Capítulo 2

Voces del bosque: sabiduría que cura y alimenta

El conocimiento de un bosque no se mide solamente en hectáreas ni en especies. El conocimiento de un bosque no se mide únicamente por la cantidad de especies que alberga. Se mide en historias, en manos que reconocen las hojas por su textura, en cantos ancestrales que invocan la sanación. Se mide en la capacidad de las comunidades para dialogar con su entorno y transformar la naturaleza en medicina, alimento, refugio y espíritu.

En los bosques secundarios de la Comuna 12 de Buenaventura, el saber tradicional persiste como un hilo de memoria viva, tejido generación tras generación. Aquí, las plantas no son simples objetos: son aliadas y guardianas de la vida.

El bosque como farmacia viva

Para muchas comunidades de Buenaventura, el bosque sigue siendo mucho más que un paisaje: es una farmacia viva que respira junto a ellas. Donde los hospitales quedan lejos y los

centros de salud son escasos o inadecuados, el conocimiento de las plantas medicinales se convierte en una herramienta esencial de supervivencia y bienestar.

Según la Organización Mundial de la Salud, cerca del 80% de la población mundial utiliza plantas medicinales como principal recurso para su atención primaria en salud (Fuentes, 2005). Esta estadística adquiere un rostro concreto en los senderos de la Comuna 12, donde cada sabedor o sabedora lleva en su memoria un catálogo completo de remedios naturales.

Las plantas no se eligen al azar. Hay que conocerlas, respetarlas, saber cuándo recolectarlas —generalmente al amanecer, cuando la savia y el espíritu están más activos— y cómo prepararlas: en infusiones, en cataplasmas, en baños o en vapores que purifican cuerpo y alma.

En los testimonios recogidos, surgieron especies como la *Santa María* (*Piper peltatum*)², usada para inflamaciones internas y desórdenes digestivos. Doña Mercedes, una sabia de la comunidad, relató:

² Al final de este intitulado podrá encontrar las plantas a las cuales se hace referencia con el título Anexo.

Figura 1. *Piper peltatum*



Fuente. <https://catalogo.biodiversidad.co/fichas/403>

"Cuando hay dolor en el estómago o uno se siente 'apretado por dentro', la Santa María es la que alivia. Se hierve bajito, se reza y se toma despacito, como escuchando la mata."

Otras plantas como la *Sanguinaria* (*Columnnea* sp.) son empleadas para "limpiar la sangre" — una expresión que no se limita a una concepción fisiológica, sino que abarca la purificación espiritual—.

Figura 2. *Columnnea sp*



Fuente.

<https://plantasdeltambo.com/producto/sanguinaria/>

En estos saberes no existe una separación rígida entre cuerpo y alma. Como bien explica Vásquez (2012), la medicina tradicional integra de manera inseparable la dimensión biológica y la dimensión espiritual de la enfermedad, entendiendo que sanar implica restaurar equilibrios rotos a múltiples niveles.

La práctica medicinal tradicional también considera las fases de la luna, los estados emocionales de quien prepara el remedio y la

presencia de bendiciones o rituales que acompañan el tratamiento. La planta no es solo materia: es ser vivo, aliado espiritual, y su eficacia depende tanto de su preparación física como del respeto con que se le maneje.

Este enfoque holístico, que para algunos podría parecer mágico o supersticioso, tiene una lógica propia basada en la observación atenta de la naturaleza y en la experiencia acumulada a través de generaciones.

Como resalta Berkes (2017), los saberes tradicionales constituyen sistemas de conocimiento ecológico complejos, adaptados a contextos específicos y profundamente entrelazados con la identidad cultural de los pueblos.

La medicina del bosque no es estática. Dialoga con las realidades cambiantes. Ante la llegada de nuevas enfermedades o la desaparición de ciertas especies, las comunidades adaptan sus prácticas, mezclan plantas, ensayan nuevas combinaciones, mantienen viva su creatividad terapéutica.

La transmisión de este saber ocurre principalmente de forma oral, a través de narraciones, demostraciones prácticas y rituales familiares. Cada remedio no es solo una receta, sino una historia: un recuerdo de la abuela que curó a su nieto, un canto que invoca la fuerza de

la hoja, un consejo compartido a la sombra de un gran árbol.

La pérdida de este conocimiento representaría una doble tragedia: la desaparición de soluciones prácticas para necesidades de salud urgentes y la ruptura de un vínculo afectivo y simbólico con la tierra.

Mientras los modelos biomédicos oficiales siguen estando lejos de cubrir las necesidades de atención en territorios rurales y afrodescendientes como Buenaventura, el bosque continúa siendo el primer y más fiel hospital de su gente. Y los sabedores y sabedoras, aunque a veces invisibilizados por las políticas públicas, son guardianes de un conocimiento cuyo valor trasciende fronteras culturales.

Frente a las amenazas de la homogenización cultural, la crisis climática y la pérdida de biodiversidad, reconocer y fortalecer el papel del bosque como farmacia viva es no solo un acto de justicia, sino también una estrategia fundamental para garantizar el derecho a la salud integral en territorios históricamente excluidos.

Cuidar el bosque es, en este sentido, cuidar la vida. No solo la biológica, sino también la espiritual, la cultural y la histórica.

Plantas mágicas: guardianas invisibles

El bosque de Buenaventura no sólo guarda remedios para el cuerpo; también custodia secretos para proteger el alma. Entre las hojas verdes, las raíces profundas y los bejucos entrelazados, latén fuerzas invisibles que las comunidades han aprendido a reconocer, a respetar y a convocar.

Desde la perspectiva de los saberes tradicionales, no toda enfermedad es un asunto puramente físico. Muchas dolencias tienen su origen en desequilibrios espirituales, en malas energías, en envidias o en males enviados. Para estos males invisibles, las plantas también ofrecen respuestas.

Según Pino y Ramírez (2009), en la cosmovisión del Pacífico colombiano las plantas mágicas cumplen funciones de protección, purificación, armonización y fortalecimiento espiritual. No se trata de superstición: es una forma de entender la vida donde cuerpo, mente y espíritu están indisolublemente entrelazados.

En los relatos recogidos durante el trabajo de campo, surgieron prácticas como el uso del *Bejuco del Sol* (*Doliocarpus dentatus*) para baños de protección contra el mal de ojo. Se recolectan las ramas antes del amanecer, se hierven con oraciones específicas, y el baño se realiza

rezando para cerrar el cuerpo contra energías dañinas.

Don Andrés, uno de los mayores, explicó en un taller comunitario:

“La mata no sólo cura la carne. Cura también la sombra. Cuando uno siente que lo miran feo, que las cosas salen torcidas, hay que bañarse con bejuco de sol y agua de serenada.”

Otro ejemplo es el uso del *Tres Potencias* (*Anthurium paludosum*), considerado una planta de equilibrio espiritual. Se cultiva cerca de las casas o se coloca en altares improvisados para fortalecer la protección del hogar. En ciertas ocasiones, se trenzan sus hojas en forma de cruz y se colocan en la entrada de las viviendas como barrera simbólica contra los males.

Figura 3. *Anthurium paludosum*



Fuente. <https://colombia.inaturalist.org/taxa/937703-Anthurium-paludosum>

Estas prácticas no son aisladas. Forman parte de un sistema complejo de conocimientos que integra botánica, espiritualidad, ritualidad y memoria colectiva.

El recolector de plantas mágicas no puede ser cualquiera. Debe ser alguien que conozca las reglas invisibles: recolectar en estado de pureza interior, hacerlo en días determinados según la

fase lunar, y siempre pedir permiso al monte. Como relata Vásquez (2012), el uso correcto de las plantas mágicas implica respeto profundo por las fuerzas naturales y por las normas culturales ancestrales.

Las oraciones, los cantos, los rezos y las palabras rituales son parte indispensable del proceso. Se cree que las palabras “activan” el poder latente de la planta, estableciendo un diálogo entre el humano, la naturaleza y el mundo espiritual.

La pérdida de estas prácticas sería más que la desaparición de técnicas curativas: sería el olvido de una forma de vivir en el mundo que reconoce la interconexión de todas las cosas.

La juventud actual, inmersa en la globalización y las nuevas tecnologías, corre el riesgo de ver estas prácticas como supersticiones del pasado. Sin embargo, movimientos contemporáneos de revitalización cultural están promoviendo el rescate de estas tradiciones, no como reliquias, sino como formas de sabiduría adaptativa frente a un mundo en crisis.

La resiliencia cultural de Buenaventura se expresa también en la capacidad de sus comunidades para seguir cuidando sus saberes invisibles, para seguir confiando en el bosque no

sólo como farmacia, sino como templo vivo donde habitan fuerzas protectoras.

Cuidar las plantas mágicas, los ritos de protección y los baños de limpieza no es sólo conservar una tradición: es sostener una forma de resistencia espiritual frente a un mundo que pretende olvidar la profundidad del vínculo entre humanos y naturaleza.

Cada hoja recogida con reverencia, cada baño preparado con fe, cada canto murmurado entre las palmas, reafirma la sabiduría ancestral de que la salud, la vida y la protección comienzan donde el alma y la tierra se encuentran.

El bosque que alimenta y viste

Más allá de curar, el bosque también alimenta, viste y protege. Para las comunidades de la Comuna 12, el bosque secundario ha sido históricamente una despensa generosa y una tienda de materiales esenciales para la vida diaria.

Cada fruta, cada hoja, cada fibra encontrada entre la espesura guarda una función precisa en el tejido cotidiano de las familias. Aquí, la naturaleza no es un telón de fondo pasivo, sino un proveedor activo, una mano amiga que ofrece sustento y abrigo en la medida en que se le respeta.

El alimento que brota del monte

Entre las especies alimenticias más valoradas está el *Naidí* (*Euterpe oleracea*), cuyas bayas azuladas son ricas en antioxidantes y nutrientes esenciales. El jugo espeso de Naidí, endulzado con un poco de panela, no solo refresca los días calurosos, sino que también ofrece un aporte vital de energía, especialmente en épocas de trabajo agrícola intenso.

Figura 4. *Euterpe oleracea*



Fuente.

<https://www.frutimundo.com/search/label/euterpe%20oleracea>

Doña Teresa, una líder comunitaria, recordaba en uno de los talleres:

“Con el Naidí hacíamos el tinto del monte. Era la bebida de los abuelos cuando salían a limpiar la parcela. Una sola totuma de jugo y ya se podía trabajar todo el día.”

El *Guama* (*Inga spp.*), por su parte, ofrece vainas alargadas repletas de semillas envueltas en una pulpa blanca dulce, consumida directamente en caminatas o cosechas. Para muchos niños, el Guama era y sigue siendo “el dulce de la naturaleza”, un regalo espontáneo del bosque.

Figura 5. *Inga spp*



Fuente.

https://www.plantasyhongos.es/herbarium/htm/Inga_spp.htm

Frutas menores, como el *Borojo* (*Alibertia patinoi*), también son recogidas para preparar bebidas energéticas y fermentadas en rituales de celebración o sanación. Su potente contenido

nutricional refuerza la alimentación en contextos de escasez económica.

Figura 6. *Alibertia patinoi*



Fuente. <https://sembramos.com.co/arbol-borojo.html>

El vestido y el refugio natural

El bosque también viste. Las hojas anchas del *Platanillo* (*Heliconia spp.*) son utilizadas para envolver alimentos, como bollos y tamales, en técnicas tradicionales de cocción que no sólo

conservan el sabor, sino que respetan los ritmos naturales del fuego y la tierra.

Figura 7. *Heliconia spp.*



Fuente.

https://es.wikipedia.org/wiki/Heliconia#/media/Archivo:Heliconia_rostrata1.jpg

Cuando el plástico era desconocido o inaccesible, estas hojas actuaban como empaques biodegradables, ligando la alimentación humana al ciclo renovable de la naturaleza.

Asimismo, fibras extraídas de palmas como la *Palmilla* (*Geonoma deversa*) servían —y en algunos casos aún sirven— para confeccionar canastos, techados de viviendas rurales y cordeles para amarrar estructuras.

Estas prácticas revelan un profundo conocimiento de las propiedades físicas de las plantas: flexibilidad, resistencia, durabilidad frente a la humedad tropical. No se elegía cualquier hoja o cualquier fibra: cada material era cuidadosamente seleccionado según su función y su contexto.

El valor cultural del alimento del bosque

Más allá de la nutrición física, los alimentos del bosque tienen también un valor simbólico profundo. Compartir el Naidí o el Guama en comunidad es un acto de reciprocidad, una reafirmación del vínculo colectivo.

Como subraya Mukerji (s.f.), los productos forestales no madereros no sólo fortalecen la seguridad alimentaria de las comunidades rurales, sino que también refuerzan los lazos

culturales y los sistemas tradicionales de intercambio.

El acto de recolectar, preparar y compartir frutos silvestres refuerza identidades, enseña a los niños el valor de la paciencia y el respeto por el ciclo natural, y mantiene vivas las memorias del territorio.

Don Hugo, recolector tradicional, resumía esta visión con sencillez:

“Uno no iba al monte solo a buscar comida. Uno iba a conversar con la tierra. Y la tierra siempre respondía.”

La amenaza a la despensa verde

Sin embargo, la capacidad del bosque para alimentar y vestir enfrenta amenazas crecientes. La urbanización acelerada, la fragmentación de los bosques y la pérdida de especies nativas disminuyen la disponibilidad de estos recursos esenciales.

Los monocultivos industriales, además, alteran los ciclos naturales del bosque, reduciendo la diversidad de alimentos silvestres y obligando a las comunidades a depender cada vez más de productos comprados, caros y muchas veces ultraprocesados.

Como advierte Pretty (2003), la pérdida de la biodiversidad cultural y biológica no sólo

empobrece las dietas, sino también las estrategias de resiliencia comunitaria frente a crisis ambientales o económicas.

La desaparición silenciosa de frutas como el Naidí, o de prácticas como el uso del Platanillo, no es un asunto menor: es una alarma sobre la erosión de formas sostenibles de habitar el territorio.

Un llamado a reconectar con el bosque

Recuperar y revitalizar el uso alimenticio y artesanal de las especies del bosque secundario es una tarea urgente para garantizar la soberanía alimentaria, la conservación ecológica y la continuidad de la memoria cultural en Buenaventura.

No se trata de romantizar el pasado, sino de reconocer que en el bosque vive aún una promesa de futuro: una forma de alimentación saludable, ética y conectada con los ritmos naturales.

Cada fruto recolectado, cada canasto tejido, cada alimento cocido en hoja de platanillo es un acto de resistencia cultural. Es una afirmación silenciosa, pero poderosa, de que otro modo de vivir y alimentarse aún es posible.

Saber amenazado: fracturas en la transmisión

El conocimiento tradicional no vive en libros ni en bases de datos. Vive en la memoria de las personas, en las manos que siembran, en las voces que narran, en los gestos casi imperceptibles que acompañan la recolección de una hoja o la preparación de un remedio.

Pero cuando las voces se apagan, cuando las manos jóvenes ya no aprenden de las manos viejas, ese saber comienza a deshilacharse, como una tela que pierde fuerza en sus costuras invisibles.

En la Comuna 12 de Buenaventura, las fracturas en la transmisión del conocimiento tradicional son cada vez más visibles. El avance de la urbanización, los modelos educativos descontextualizados, la migración forzada, la presión de los medios masivos de comunicación y la precarización económica han alterado profundamente las formas en que las comunidades se relacionan con su territorio y con sus saberes ancestrales.

Durante los talleres comunitarios, los adultos mayores podían nombrar y describir el uso de más de treinta especies locales; muchos jóvenes, en cambio, apenas reconocían dos o tres. Don Manuel, sabedor tradicional de la zona, lo expresaba con dolor contenido:

“Antes, uno aprendía de ver y de hacer. El monte era la escuela. Ahora, los muchachos solo miran el celular. Se les olvida preguntar.”

La distancia entre generaciones no es simplemente una cuestión de edad. Es también una distancia simbólica, una brecha cultural que se ensancha cuando el bosque deja de ser visto como una fuente viva de saber y pasa a ser considerado un espacio vacío, un “monte” sin valor.

Como advierten Chávez y Arango (2004), el desarraigo cultural y la pérdida de interés social por el conocimiento tradicional son factores claves en la erosión de las prácticas ancestrales de uso sostenible de la biodiversidad.

La escolarización formal, cuando no está adecuadamente contextualizada, puede también contribuir a esta ruptura. Modelos educativos que privilegian conocimientos ajenos a las realidades locales — y que presentan la modernidad como incompatible con la tradición— minan el respeto y el interés de los jóvenes hacia el saber de sus mayores.

Así, niños que en otras épocas acompañaban a sus abuelos a recolectar plantas medicinales o a construir canastos, hoy pasan sus días encerrados en aulas donde el bosque no tiene

voz, o en calles donde las dinámicas de consumo urbano desconectan cada vez más de la tierra.

La presión económica también juega un papel crucial.

La necesidad urgente de obtener ingresos inmediatos lleva a muchas familias a abandonar actividades tradicionales de bajo impacto — como la recolección de productos no maderables— para involucrarse en ocupaciones que implican una relación extractiva y depredadora con el territorio.

En este contexto, el conocimiento que antes se transmitía de manera orgánica —en los patios, en las caminatas, en las faenas agrícolas— se fragmenta, se interrumpe, se olvida.

Formas de resistencia y esperanza

Sin embargo, no todo está perdido. Existen resistencias silenciosas, hilos de memoria que se niegan a romperse del todo.

En algunas familias, las abuelas siguen enseñando a sus nietos a preparar infusiones para la fiebre o a reconocer las plantas que protegen contra las picaduras de insectos. En algunas escuelas rurales, maestros comprometidos integran salidas pedagógicas al monte, talleres de plantas medicinales, celebraciones de saberes locales en sus currículos alternativos.

Iniciativas de organizaciones comunitarias y de colectivos de jóvenes empiezan a reivindicar el valor de los conocimientos tradicionales, no como reliquias del pasado, sino como estrategias vivas para construir futuros sostenibles, enraizados en la cultura y el territorio.

Como señala Berkes (2012), los sistemas de conocimiento tradicional son resilientes, capaces de adaptarse y evolucionar, siempre que se respeten sus ritmos internos y se valore su lógica propia.

La transmisión del saber tradicional en Buenaventura hoy requiere ser fortalecida con estrategias activas:

- Espacios intergeneracionales donde mayores y jóvenes puedan encontrarse en torno al aprendizaje práctico.
- Escuelas de campo centradas en el diálogo de saberes.
- Programas de educación ambiental territorializada que incluyan el bosque como aula viva.
- Reconocimiento social y político de los sabedores tradicionales como guardianes de patrimonio cultural y biológico.

Porque cuando se pierde un saber, no sólo desaparece una técnica de curación o una receta culinaria:

Desaparece también una forma de entender la vida, una manera de estar en el mundo en equilibrio con la naturaleza.

Y cada saber perdido es una semilla que no germinará.

Un canto que no será escuchado.
Un puente que se romperá entre las generaciones.

Hoy más que nunca, sostener, revitalizar y dignificar el conocimiento tradicional es una tarea urgente y hermosa. Porque en cada historia, en cada planta, en cada remedio compartido late no sólo la memoria de un pueblo: late también la esperanza de un futuro más humano y más verde.

Espacios intergeneracionales donde mayores y jóvenes puedan encontrarse en torno al aprendizaje práctico

Los saberes tradicionales no se transmiten en conferencias, ni en discursos teóricos. Se transmiten en la experiencia compartida, en el hacer conjunto, en el gesto repetido de quien enseña y de quien observa con respeto.

Crear espacios intergeneracionales significa propiciar encuentros reales entre sabedores

mayores y jóvenes, donde el conocimiento fluya de manera natural, viva y afectiva. Puede tratarse de talleres de recolección de plantas medicinales, jornadas de siembra de huertos tradicionales, faenas de construcción de canastos, o días de cocina ancestral, donde cada actividad se convierta en un pretexto para el diálogo.

Estos espacios permiten que los jóvenes no sólo aprendan técnicas específicas, sino que también se conecten emocionalmente con los mayores y con su territorio, descubriendo que la sabiduría tradicional es contemporánea, útil y profundamente significativa.

Como plantea Berkes (2012), el aprendizaje ecológico tradicional se da fundamentalmente a través de la participación práctica en el trabajo cotidiano y en los rituales culturales.

Propiciar estos encuentros es sembrar semillas de continuidad en la memoria viva del bosque.

Escuelas de campo centradas en el diálogo de saberes

La escuela convencional, estructurada en salones cerrados y métodos unidireccionales, no basta para revitalizar el saber tradicional. Se requiere escuelas de campo, donde el aprendizaje se realice en el territorio mismo,

mediante el diálogo respetuoso entre el conocimiento ancestral y los saberes científicos contemporáneos.

Una escuela de campo no pretende sustituir la educación formal, sino ampliarla: integrar salidas pedagógicas al bosque, talleres con sabedores locales, proyectos de investigación escolar sobre plantas medicinales, biodiversidad o historias del territorio.

El diálogo de saberes, propuesto por autores como Leff (2022), plantea que el conocimiento no debe ser jerarquizado, sino articulado: la ciencia moderna y la sabiduría ancestral deben caminar juntas, reconociendo sus respectivas potencias y limitaciones.

A través de estas escuelas, se podría no sólo enseñar biología o ecología, sino también fortalecer el respeto por la diversidad cultural, estimular la creatividad y afianzar la identidad territorial.

Aprender en el monte es, en sí mismo, un acto de resistencia y de esperanza.

Programas de educación ambiental territorializada que incluyan el bosque como aula viva

La educación ambiental no debe ser un módulo aislado en los currículos, ni un conjunto

de conceptos abstractos sobre “el medio ambiente”.

Debe ser territorializada: es decir, anclada a la realidad concreta del bosque, de los ríos, de las plantas que las comunidades conocen y habitan.

Programas de educación ambiental territorializada implican usar el bosque como aula viva: recorrerlo, mapear sus especies, conocer sus ciclos, reflexionar sobre sus amenazas, diseñar estrategias colectivas para su conservación.

Además, permiten reconocer que el conocimiento ambiental no es exclusivamente académico: las prácticas tradicionales de manejo del bosque —como la recolección sostenible, los rituales de siembra, las normas de respeto a ciertos árboles sagrados— son también formas de educación ambiental profunda.

Como señala Toledo (2005), comprender el territorio desde el saber local es fundamental para construir una ciudadanía ambiental activa, consciente y enraizada.

El bosque enseña. Y cada sendero puede ser una lección.

Reconocimiento social y político de los sabedores tradicionales como guardianes de patrimonio cultural y biológico

Finalmente, ninguna estrategia de revitalización de saberes será sostenible si no se reconoce el rol fundamental de los sabedores tradicionales en la conservación del patrimonio biocultural.

El reconocimiento social y político implica más que homenajes simbólicos. Significa incluir a los sabedores en programas de educación, de salud, de conservación, garantizar su participación en procesos de toma de decisiones sobre el manejo del territorio, remunerar su labor como educadores ambientales y proteger sus derechos como custodios del conocimiento ancestral.

Los sabedores no son reliquias del pasado: son agentes vivos de transformación y sostenibilidad.

Como subraya la FAO (2009), el conocimiento indígena y tradicional es un recurso estratégico para enfrentar desafíos globales como el cambio climático, la pérdida de biodiversidad y la seguridad alimentaria.

Reconocer, respetar y fortalecer el papel de los sabedores es sembrar futuro en la raíz profunda de la memoria territorial.

Salud en disputa: más allá del bosque

La situación de la Salud Sexual y Reproductiva (SSR) en Buenaventura ilustra de manera El bosque ha sido, por siglos, la primera fuente de salud para las comunidades afrodescendientes de Buenaventura. Pero en la vida contemporánea, la salud también se disputa en otros territorios: en los hospitales precarios, en los puestos de salud intermitentes, en los programas públicos de Salud Sexual y Reproductiva (SSR) que prometen mucho y llegan poco.

La situación de la SSR en Buenaventura refleja de manera cruda las profundas desigualdades históricas que caracterizan a los territorios periféricos y racializados de Colombia. No basta con observar indicadores nacionales para comprender la magnitud de estas desigualdades.

Como señala Alegría (2023) en su artículo “Salud Sexual y Reproductiva en Buenaventura: Lecturas y Ecos de las voces de las burocracias subalternas”, es necesario leer las dinámicas propias de la presencia estatal en territorios como el Pacífico, donde el Estado se manifiesta

de manera fragmentada, desigual y, muchas veces, insuficiente.

Aunque Colombia ha incorporado desde 2003 los lineamientos internacionales de la Conferencia Internacional de Población y Desarrollo (CIPD) de 1994 en sus políticas de SSR, la implementación efectiva en territorios rurales y afrodescendientes como Buenaventura sigue siendo deficitaria (Alegría, 2023).

Brechas de acceso y precariedades estructurales

Alegría (2023), mediante una aproximación etnográfica que recoge las voces de las funcionarias públicas locales —burocracias subalternas—, documenta los múltiples obstáculos que enfrentan los programas de SSR:

- Barreras geográficas: acceder a servicios médicos puede implicar caminatas de horas o trayectos costosos en lancha, especialmente para las comunidades más apartadas.
- Barreras económicas: aunque algunos servicios son gratuitos en teoría, en la práctica los costos de transporte, medicamentos no incluidos o trámites administrativos inaccesibles limitan su efectividad.

- Barreras culturales: muchos programas de SSR no consideran las cosmovisiones locales sobre el cuerpo, la sexualidad y la salud, imponiendo modelos urbanos y homogenizadores.

Además, la precariedad laboral de las funcionarias encargadas de estos programas — muchas veces contratadas bajo regímenes temporales, sin estabilidad ni condiciones dignas— debilita la continuidad de las acciones de SSR en el territorio.

Las voces recogidas en el estudio revelan la frustración de quienes trabajan en salud pública localmente, conscientes de que su esfuerzo diario choca contra estructuras débiles, presupuestos exiguos y políticas diseñadas lejos de la realidad concreta de sus territorios.

Innovaciones silenciosas: partería y saber tradicional

A pesar de las dificultades, también emergen estrategias de articulación entre los saberes tradicionales y el sistema institucional. Una de las más valiosas es la incorporación progresiva de las **parteras tradicionales** en los programas oficiales de salud materna.

Esta convergencia entre partería ancestral y atención biomédica representa una innovación cultural profunda: reconoce que la partera no

solo asiste partos, sino que sostiene vínculos de confianza, de sabiduría y de acompañamiento espiritual con las mujeres de su comunidad.

Como muestra Alegría (2023), programas que respetan e integran estos saberes logran tasas de éxito más altas en la atención de partos seguros y en el acceso a servicios de planificación familiar.

La partera no compite con el médico: complementa su acción en territorios donde el hospital queda demasiado lejos y donde el vínculo cultural pesa tanto como el conocimiento técnico.

Nuevos retos: migración y multiculturalidad

La creciente presencia de población migrante venezolana ha introducido nuevos retos para el ecosistema de la SSR en Buenaventura. Aunque existen directrices nacionales para atender a migrantes en situación de vulnerabilidad, la falta de recursos, de formación intercultural y de apoyo administrativo en el nivel local dificulta la implementación efectiva de estas políticas.

Las funcionarias entrevistadas por Alegría (2023) expresan su preocupación por la falta de capacidades institucionales para atender una

población creciente con necesidades específicas, en un contexto ya saturado de precariedades.

Este fenómeno evidencia que los sistemas de salud diseñados para contextos homogéneos y urbanos no responden adecuadamente a la complejidad étnica, cultural y social de territorios como Buenaventura.

La distancia simbólica: entre el Estado y el territorio

La investigación también subraya cómo la distancia física entre las dependencias municipales de salud y las comunidades rurales tiene su correlato en una distancia simbólica: la salud sexual y reproductiva no ocupa un lugar prioritario en las agendas de política pública local.

Los recortes presupuestales, basados en censos que invisibilizan a poblaciones afrocolombianas dispersas, agravan aún más esta situación, limitando la capacidad de acción real sobre los territorios.

Según Alegría (2023), esta distancia institucional no es accidental: refleja lógicas históricas de marginalización, donde los cuerpos racializados y periféricos son considerados menos dignos de cuidado y atención integral.

Hacia una salud con rostro local

La situación de la SSR en Buenaventura no es solo un problema técnico o administrativo: es un problema político y cultural. Resolverlo implica mucho más que aumentar indicadores o inaugurar clínicas: implica reconocer la diversidad cultural, garantizar la participación comunitaria, respetar los saberes locales, y asignar recursos adecuados y pertinentes.

Un modelo de salud con rostro local debería:

- Integrar de manera formal y respetuosa a parteras, sabedores y líderes comunitarios en la planificación y ejecución de programas de SSR.
- Desarrollar estrategias de educación sexual adaptadas culturalmente, que dialoguen con los valores y cosmovisiones locales.
- Fortalecer los sistemas de salud rurales con infraestructura, transporte digno y personal estable y capacitado.
- Asignar presupuestos basados en criterios de equidad territorial y no en cifras invisibilizadoras.

Porque garantizar el derecho a la salud sexual y reproductiva en Buenaventura es, en última

instancia, reconocer el derecho de las comunidades afrodescendientes a vivir plenamente sus cuerpos, sus territorios y sus futuros.

Integrar de manera formal y respetuosa a parteras, sabedores y líderes comunitarios en la planificación y ejecución de programas de SSR

El conocimiento y la legitimidad social que tienen las parteras tradicionales, los sabedores ancestrales y los líderes comunitarios son insustituibles en territorios como Buenaventura.

Son ellos quienes conocen las rutas invisibles del territorio, las necesidades reales de las mujeres, las prácticas culturales que rodean la sexualidad, la maternidad y el cuidado del cuerpo.

Integrarlos de manera formal significa que su participación no debe ser simbólica ni secundaria.

Debe implicar su presencia en:

- Comités de salud pública local.
- Espacios de diseño y evaluación de políticas de SSR.

- Programas de formación intercultural dirigidos tanto a profesionales de la salud como a las comunidades.

El respeto es clave: no se trata de absorber o subordinar los saberes tradicionales a la biomedicina, sino de construir modelos de complementariedad que valoren ambas formas de conocimiento.

Experiencias en otros territorios del Pacífico y en la Amazonía han demostrado que la incorporación de parteras tradicionales en los sistemas de salud mejora significativamente los indicadores de atención prenatal y parto seguro.

Reconocerlas como agentes de salud, remunerarlas dignamente y proteger sus saberes es también proteger la vida.

Desarrollar estrategias de educación sexual adaptadas culturalmente, que dialoguen con los valores y cosmovisiones locales

La educación sexual no puede ser un recetario homogéneo impuesto desde modelos urbanos ajenos a las realidades afrodescendientes y rurales.

Debe ser una propuesta adaptada culturalmente, construida desde el diálogo con los saberes locales sobre el cuerpo, la sexualidad, la familia y la vida comunitaria.

Esto implica:

- Reconocer que conceptos como “sexualidad” o “reproducción” tienen sentidos distintos en diferentes contextos culturales.
- Respetar los valores tradicionales sobre la maternidad, la iniciación sexual, la crianza y el rol de los mayores como guías.
- Utilizar metodologías participativas: talleres narrativos, círculos de palabra, dramatizaciones basadas en historias locales.
- Trabajar no solo con adolescentes, sino también con padres, madres, sabedores y líderes comunitarios.

Dialogar, no imponer: esa es la clave.

Fortalecer los sistemas de salud rurales con infraestructura, transporte digno y personal estable y capacitado

La precariedad de los sistemas de salud rural no se soluciona con buenas intenciones ni con promesas.

Se requiere una inversión concreta y sostenida en:

- Infraestructura adecuada: centros de salud dotados, seguros y accesibles en las zonas rurales dispersas.
- Transporte digno: lanchas comunitarias, ambulancias fluviales, subsidios de movilidad para atención de emergencias obstétricas.
- Personal estable y capacitado: médicos, enfermeros y promotores de salud con contratos estables, formación intercultural y arraigo territorial.

Un puesto de salud sin medicamentos, sin transporte, sin personal que permanezca más de unos meses, es un símbolo cruel de abandono estatal.

Como enfatiza la OPS (2020), la estabilidad laboral del personal de salud en territorios rurales es un factor determinante para garantizar la continuidad de la atención y construir confianza entre la población y el sistema.

El derecho a la salud no puede depender del azar o de la buena voluntad: debe ser garantizado como un servicio esencial y continuo.

Asignar presupuestos basados en criterios de equidad territorial y no en cifras invisibilizadoras

El actual modelo de asignación presupuestal en Colombia tiende a reproducir desigualdades históricas, al basarse en censos y registros que invisibilizan las realidades de las comunidades afrodescendientes y rurales dispersas.

Para cambiar esta situación, es necesario:

- Reconocer que no basta el criterio de número de habitantes: deben incorporarse criterios de vulnerabilidad territorial, dispersión geográfica, dificultad de acceso y pertenencia étnico-cultural.
- Establecer fondos de acción afirmativa que prioricen territorios históricamente marginados como Buenaventura.
- Crear mecanismos participativos donde las comunidades puedan incidir en la definición de prioridades de inversión en salud.

Asignar recursos no sólo con criterios de eficiencia económica, sino de justicia social y reparación histórica, es un paso indispensable hacia la garantía efectiva del derecho a la salud.

Como recuerda Sen (2000), la equidad real no se logra tratando a todos igual, sino reconociendo y corrigiendo las desventajas estructurales que afectan a los más vulnerables.

En territorios como Buenaventura, asignar presupuestos justos es sembrar dignidad en su sentido más profundo.

Tejiendo memorias, sembrando futuro

La transmisión de saberes tradicionales no es un acto automático ni garantizado por el simple paso del tiempo. Es un tejido frágil que necesita cuidado constante, compromiso consciente y espacios propicios para florecer. Cada historia contada bajo la sombra de un árbol, cada infusión preparada con hojas recogidas al amanecer, cada baño ritual celebrado para proteger a un recién nacido, forma parte de un tapiz invisible que sostiene la vida en Buenaventura más allá de lo material.

Hoy, ese tejido enfrenta tensiones profundas: el olvido inducido por modelos educativos homogéneos, la fragmentación provocada por la urbanización acelerada, el empobrecimiento de los suelos y los cuerpos, la presión silenciosa para abandonar saberes vistos como “atrasados” frente a las promesas de la modernidad globalizada. Sin embargo, allí donde algunos ven pérdida inevitable, otros reconocen semillas de resistencia. El saber

tradicional no está muerto: respira en los rincones menos esperados, florece en los patios olvidados, late en las canciones susurradas a los nietos.

Como sostiene Berkes (2012), los sistemas de conocimiento tradicional son dinámicos y adaptativos; son capaces de renovarse, de encontrar nuevas formas de expresión, de dialogar con otros saberes sin perder su raíz profunda. Tejer memorias implica reconocer y dignificar los hilos que aún sobreviven, fortalecer las voces de los sabedores y sabedoras, reconstruir puentes entre generaciones mediante prácticas vivas y valorar la lengua, la planta, el rito y el camino como portadores de sentido y de futuro.

Sembrar futuro significa ir más allá de la nostalgia. Es apostar por modelos educativos que integren el bosque, el río, el cuerpo y la comunidad como espacios de aprendizaje; es defender el derecho de las comunidades a decidir sobre sus territorios, sus modos de vida y sus formas de curar y habitar el mundo; es invertir en proyectos que no sólo protejan especies o ecosistemas, sino también las culturas y memorias que le dan sentido a esos espacios naturales.

La salud de Buenaventura —del cuerpo, del territorio, del alma— no depende exclusivamente de hospitales o programas

estatales. Depende también de la fuerza de su memoria viva: esa que enseñó a curar con hojas, a protegerse con rezos, a alimentarse con frutos silvestres, a nacer y morir en diálogo íntimo con la tierra. Frente a los desafíos del presente, la revitalización del conocimiento tradicional no es un lujo ni una añoranza romántica; es una estrategia de supervivencia, de dignidad y de construcción de futuros sostenibles.

Como recuerda Toledo (2003), la biodiversidad y la diversidad cultural son dos caras de una misma moneda: donde muere una, tarde o temprano muere la otra. Por eso, cuidar los saberes ancestrales es cuidar la vida en todas sus formas. Sembrar futuro es, hoy más que nunca, sembrar memoria.

Capítulo 3

Viaje a tres bosques: saberes que renacen en la espesura

"El bosque no es solo un lugar que se recorre. Es una memoria que se camina. Cada hoja, cada raíz, cada sombra, guarda el eco de quienes aprendieron a sanar, a resistir y a soñar bajo su amparo."

Los bosques secundarios que rodean la Comuna 12 de Buenaventura, aunque cercanos entre sí, cuentan historias distintas. Cada uno es el reflejo de su historia de uso, de su grado de conservación y de los lazos que aún mantienen —o han perdido— con las comunidades locales. Con el apoyo de sabios conocedores de la región, recorrimos tres de estos espacios: el bosque secundario dentro del campus de la Universidad del Pacífico, la zona de Los Curas y el predio contiguo al Liceo de Occidente. Cada caminata reveló no solo diferencias ecológicas, sino también modos de relación cultural con la naturaleza.

El primer recorrido nos llevó a los predios de la Universidad del Pacífico. Aquí, entre senderos

abiertos para estudiantes y parcelas de investigación, se conserva un bosque relativamente protegido del tránsito humano descontrolado. La presencia de vigilancia institucional ha sido clave para evitar el saqueo de especies valiosas, permitiendo que una mayor diversidad vegetal se mantenga en este sector (Benítez & Cuero, 2015). Esta protección se refleja en la abundancia de especies como la Santa María boba (*Piper peltatum*), el Naidí (*Euterpe oleracea*) y diversos tipos de filodendros (*Philodendron* spp.), cuya majestuosidad verde domina el sotobosque. Se identificaron cerca de 52 especies vegetales de uso no maderable, principalmente medicinales y ornamentales. El índice de Shannon (H') fue el más alto en este transecto, indicando una comunidad vegetal rica y equilibrada, donde cada planta parecía ser una página de un libro escrito por siglos de interacción entre naturaleza y cultura.

Tabla 1: Principales especies vegetales no maderables encontradas en el Trayecto 1 - Universidad del Pacífico

Nombre Común	Nombre Científico	Familia
Rascadera de monte	<i>Xanthosoma Schott</i>	Araceae

Nombre Común	Nombre Científico	Familia
Tres potencia	<i>Anthurium paludosum</i>	Araceae
Hoja de chucha	<i>Dieffenbachia schott</i>	Araceae
Anturio friedrichsthali	<i>Anthurium friedrichsthali Schott</i>	Araceae
Hoja de cabeza	<i>Alocasia macrorrhiza</i>	Araceae
Filodendro giganteum	<i>Philodendron giganteum Schott</i>	Araceae
Anturio camarón	<i>Anthurium formosum Schott</i>	Araceae
Filodendro rasgado	<i>Philodendron pertusum</i>	Araceae
Hierba de adán	<i>Irlbachia alata</i>	Gentianaceae
Santa María boba	<i>Piper peltatum</i>	Piperaceae

Nombre Común	Nombre Científico	Familia
Botoncillo macho	<i>Weddelia triloba</i>	Asteraceae
Gualanday	<i>Jacaranda hesperia</i> <i>Dugand</i>	Bignoniaceae
Dormilona	<i>Mimosa púdica</i> L.	Mimosaceae

El segundo recorrido, conocido como Los Curas, mostró otra cara del bosque secundario. A diferencia del área de la universidad, este predio carece de protección formal, siendo más accesible al tránsito de personas, la extracción descontrolada de especies y las actividades agrícolas.

La diferencia era evidente: menos densidad de especies, claros abiertos, huellas de intervención humana. De acuerdo con los índices de Shannon y Simpson, Los Curas presentó los valores de diversidad más bajos (Benítez & Cuero, 2015). Las plantas pioneras, adaptadas a condiciones de perturbación como la Hierba Mono (*Siparuna pauciflora*) y el Bejuco Blanco (*Bauhinia* sp.), predominaban.

Muchas plantas medicinales tradicionalmente usadas no fueron halladas, confirmando las advertencias de Morales et al. (2002) sobre la pérdida local de especies culturales por presión humana sin manejo sostenible. Conversando con pobladores, surgió una preocupación recurrente: “Ya casi no hay matas buenas cerca, toca ir más lejos”, lamentaba doña Mercedes, resumiendo en pocas palabras la erosión silenciosa de la biodiversidad y de los saberes asociados.

Tabla 2: Principales especies vegetales no maderables encontradas en el Transecto 2 - Los Curas

Nombre Común	Nombre Científico	Familia
Rascadera de monte	<i>Xanthosoma Schott</i>	Araceae
Tres potencia	<i>Anthurium paludosum</i>	Araceae
Hoja de chucha	<i>Dieffenbachia schott</i>	Araceae
Palma naidí	<i>Euterpe oleracea</i>	Arecaceae

Nombre Común	Nombre Científico	Familia
Palma memé	<i>Wettinia quinaria</i>	Arecaceae
Palma mil peso	<i>Oenocarpus bataua</i>	Arecaceae
Uva de monte	<i>Pouroma aspera</i> Trécul	Urticaceae
Bejuco blanco	<i>Bahuina sp.</i> 1	Fabaceae
Bejuco campano	<i>Aristolochia sp.</i>	Aristolochicaceae
Flor de la cagalera roja	<i>Phycotria poeppigiana</i>	Rubiaceae
Ruda de montaña	<i>Zanthoxylum L.</i>	Rutaceae

El último recorrido nos llevó al bosque contiguo al Liceo de Occidente. A pesar de su cercanía a una institución educativa, mantiene una condición intermedia: no tan protegido como el de la universidad, pero tampoco tan degradado como el de Los Curas. Aquí, se

identificaron cerca de 40 especies relevantes, con predominancia de aquellas que tienen usos medicinales, mágicos y ornamentales. Así mismo, la presencia de especies como el Tres Potencias (*Anthurium paludosum*), el Anturio Camarón (*Anthurium formosum*) y el Cordoncillo (*Piper antanthe*) revela un tejido de prácticas culturales aún vigente, aunque debilitado. La vigilancia informal de la comunidad escolar y el respeto que todavía inspira el bosque entre los habitantes han contribuido a su conservación relativa, aunque su sostenibilidad depende cada vez más de acciones educativas que fortalezcan el vínculo cultural con el territorio (Rodríguez & Maldonado, 2009). Como comentó un docente del Liceo: “Aquí enseñamos a los niños a sembrar y a respetar las plantas, pero falta mucho. Si no enseñamos a amarlas, las perderemos”.

Tabla 3: Principales especies vegetales no maderables encontradas en el Transecto 3 - Liceo de Occidente

Nombre Común	Nombre Científico	Familia
Palma naidí	<i>Euterpe oleracea</i>	Arecaceae

Nombre Común	Nombre Científico	Familia
Palma mil peso	<i>Oenocarpus bataua</i>	Arecaceae
Palma memé	<i>Wettinia quinaria</i>	Arecaceae
Tres potencia	<i>Anthurium paludosum</i>	Araceae
Riñonera	<i>Columnnea consanguínea</i>	Gesneriaceae
Chigua	<i>Zamia roezlii</i> <i>Liden</i>	Zamiaceae
Bejuco chocho	<i>Bahuina sp. 2</i>	Fabaceae
Palma zancona	<i>Socratea exorrhiza</i>	Arecaceae
Palma chacarra	<i>Bactris brongniartii</i> <i>Mart.</i>	Arecaceae
Hierba de hormiga	<i>Peperomia sp.</i>	Piperaceae

Saberes que curan: la transmisión como acto de vida

La transmisión de saberes tradicionales constituye un eje central en las prácticas de salud y vida de las comunidades afrodescendientes de Buenaventura, al igual que en las comunidades indígenas del Bajo Atrato. Según Nagles-Palacios (2025), esta transmisión se realiza fundamentalmente mediante la oralidad, a través de relatos, prácticas cotidianas y la observación directa, preservando un conocimiento ancestral que articula dimensiones físicas, espirituales y mágicas en el tratamiento de la enfermedad.

En estas comunidades, figuras como los jaibanás, yerbateros y parteras cumplen roles esenciales no sólo como sanadores, sino como depositarios de saberes medicinales. Desde edades tempranas, los aprendices reciben enseñanzas de maestros consagrados, ya sea por herencia familiar o mediante pactos de formación que implican respeto, paciencia y cooperación interétnica. No basta con aprender el uso de una planta medicinal: se debe comprender la enfermedad como un desequilibrio en la relación entre los seres humanos, el territorio y los espíritus.

Así, los jaibanás no sólo administran remedios naturales, sino que dialogan con los jai

—entidades espirituales capaces de enfermar o sanar— mediante cantos, sueños y rituales. A partir del siglo XX, se intensificó el intercambio de saberes entre afrodescendientes y emberá, originando una medicina tradicional compartida pero especializada: mientras los afrodescendientes se enfocaron en enfermedades físicas, los emberá perfeccionaron su tratamiento de afecciones espirituales (Nagles-Palacios, 2025).

La partería tradicional constituye otro eje vital de transmisión. Sin distinción de etnia, las parteras enseñan técnicas de asistencia al parto, cuidado neonatal y prácticas rituales como la ombligada, resistiendo la imposición de modelos biomédicos hegemónicos. Esta transmisión no solo preserva conocimientos prácticos de salud, sino que reafirma identidades culturales y modelos de resistencia comunitaria.

Sin embargo, la oralidad enfrenta hoy desafíos severos. El desplazamiento forzado, la urbanización, el empobrecimiento y el desinterés de las nuevas generaciones amenazan la continuidad de los saberes. No obstante, estrategias como la formación de asociaciones de parteras y los encuentros de sabedores buscan revitalizar y proteger este patrimonio intangible, apostando por una educación intercultural y territorializada.

Una diversidad amenazada, un futuro posible

El análisis comparativo entre los tres sitios mostró patrones claros: la diversidad vegetal es mayor donde existen medidas, formales o informales, de protección. En cambio, la falta de vigilancia y la presión de actividades humanas reducen drásticamente la riqueza de especies, afectando no solo a los ecosistemas, sino también a los saberes tradicionales que dependen de ellos.

Los índices de similitud de Jaccard y Sorensen revelaron que el transecto uno (Universidad del Pacífico) y el transecto tres (Liceo de Occidente) son más semejantes entre sí, mientras que Los Curas se distancia tanto en composición como en riqueza de especies (Benítez & Cuero, 2015). Esta fragmentación ecológica es también una fragmentación cultural: a medida que desaparecen especies clave, se debilitan también las prácticas médicas, alimenticias y espirituales de las comunidades.

Proteger estos bosques implica mucho más que conservar árboles. Significa resguardar el conocimiento ancestral, la medicina tradicional, la soberanía alimentaria y los vínculos sagrados entre cultura y naturaleza. Como subrayan Neumann y Hirsch (2000), la sostenibilidad de los productos forestales no maderables depende

de reconocer y fortalecer estos lazos vivos entre biodiversidad y memoria colectiva.

Cada paso en los senderos verdes de Buenaventura nos recuerda una verdad profunda: mientras haya quienes cuiden y respeten el bosque, el bosque seguirá enseñando. Y en su lengua silenciosa de hojas, raíces y frutos, continuará sembrando saber, salud y esperanza en quienes se detienen a escuchar.

Capítulo 4

La diversidad que sostiene la vida

Un bosque no se mide únicamente por la cantidad de árboles que posee; se mide también por la riqueza de formas, colores, aromas, texturas y las relaciones invisibles que tejen su entramado ecológico. La diversidad biológica no es un simple adorno del paisaje, sino su corazón palpitante. Donde existe diversidad, hay abundancia de vida, resiliencia frente a las adversidades y una infinita capacidad de adaptación.

En los tres transectos estudiados en la Comuna 12 de Buenaventura —Universidad del Pacífico, Los Curas y Liceo de Occidente—, la diversidad vegetal fue mucho más que un dato técnico; se convirtió en una realidad tangible en cada sendero recorrido, en cada especie identificada y en cada historia compartida por los sabios locales.

Para profundizar en esta diversidad, empleamos herramientas científicas especializadas como los índices de Shannon, Simpson, Jaccard y Sorensen, cada uno ofreciendo perspectivas únicas sobre cómo la

vida se organiza y florece en estos espacios naturales.

El índice de Shannon: el murmullo múltiple del bosque

El índice de Shannon-Wiener (H') evalúa la diversidad considerando tanto la riqueza (cantidad de especies presentes) como la equitatividad (la distribución equilibrada de individuos entre las especies) (Morales et al., 2002). Un ecosistema donde todas las especies tienen una representación similar será más diverso según Shannon, comparado con uno dominado por pocas especies.

En nuestra investigación, el bosque secundario de la Universidad del Pacífico presentó el índice de Shannon más alto, reflejando una comunidad vegetal diversa y equilibrada (Benítez & Cuero, 2015). En este lugar, la presencia variada de palmas, bejucos, arbustos y hierbas medicinales era evidente y vibrante; cada parcela recorrida parecía un universo en miniatura, sin que ninguna especie opacara a las demás.

Por el contrario, en la zona de Los Curas, el valor del índice fue significativamente menor. Aquí, unas pocas especies robustas habían tomado predominancia, lo cual revela un ecosistema menos diverso y más vulnerable a futuras alteraciones.

El índice de Simpson: la fortaleza de la variedad

El índice de Simpson mide la probabilidad de que dos individuos seleccionados al azar pertenezcan a especies diferentes (Morales et al., 2009). A mayor valor del índice, mayor es la diversidad del ecosistema.

Nuestros resultados confirmaron la tendencia observada mediante Shannon: la Universidad del Pacífico destacó nuevamente como el área más diversa según Simpson, seguida muy de cerca por el Liceo de Occidente. En contraste, Los Curas mostró una diversidad claramente inferior, revelando los efectos profundos y muchas veces invisibles de la intervención humana.

Tal como señala la FAO (2007), mantener una diversidad elevada en bosques secundarios no es un lujo ecológico, sino una garantía para la estabilidad del ecosistema y la continua provisión de servicios ambientales esenciales para las comunidades humanas.

Los índices de Jaccard y Sorensen: parientes cercanos, parientes lejanos

Mientras Shannon y Simpson evalúan la diversidad dentro de un mismo sitio, los índices de Jaccard y Sorensen comparan la diversidad entre diferentes áreas.

El índice de Jaccard analiza la proporción de especies compartidas respecto al total de especies identificadas en dos lugares (Morales et al., 2002), mientras que el índice de Sorensen otorga doble valor a las especies compartidas, enfatizando aún más la similitud.

Según estos índices, el bosque secundario de la Universidad del Pacífico y el del Liceo de Occidente mostraron la mayor similitud, no solo debido a su proximidad geográfica, sino también a sus similares prácticas de conservación (Benítez & Cuero, 2015).

En contraste, el sitio de Los Curas se distinguió notablemente, compartiendo menos especies con los otros dos bosques estudiados. Este resultado sugiere que recientes impactos humanos han transformado significativamente la composición vegetal de este fragmento forestal.

Los valores específicos obtenidos fueron:

- Índice de Jaccard entre Universidad del Pacífico y Liceo de Occidente: 0,296.
- Índice de Sorensen entre los mismos sitios: 0,457 (Benítez & Cuero, 2015).

Estas cifras, lejos de ser meros datos matemáticos, narran una historia fundamental: donde el bosque es cuidado, la diversidad

prospera y se conserva; donde es descuidado, la diversidad se fragmenta y desaparece.

Más que números: un llamado a proteger la diversidad

Si bien los índices ecológicos representan herramientas valiosas para entender la biodiversidad, el verdadero valor de esta riqueza natural no puede capturarse exclusivamente con números. Cada especie vegetal perdida implica la desaparición de oportunidades médicas, alimenticias y espirituales. Cada árbol derribado sin control representa el silenciamiento definitivo de bibliotecas vivientes de conocimientos ancestrales.

Como bien advierten Neumann y Hirsch (2000), la sobreexplotación de productos forestales no maderables puede conducir a la declinación severa de poblaciones naturales, afectando no solo el equilibrio ecológico, sino también los medios de vida de las comunidades locales.

Los bosques secundarios de Buenaventura, con su fragilidad inherente, riqueza intrínseca y promesa infinita, constituyen un recordatorio constante de que la biodiversidad no es un simple lujo o un capricho; es la esencia misma del tejido de la vida. Proteger esta diversidad es, por tanto, proteger nuestra memoria colectiva,

nuestra salud física y emocional, y nuestro futuro compartido.

Cuidar el bosque significa, en definitiva, cuidar la vida misma.

Capítulo 5

Saberes en riesgo, bosques en peligro

El bosque no es solo un conjunto de árboles. Es también un tejido de relaciones invisibles entre la tierra, el agua, el viento y el ser humano. Es memoria viva. Es refugio de saberes ancestrales, de prácticas de vida construidas durante generaciones. Cuando el bosque desaparece, no solo muere un ecosistema: se apagan también voces antiguas que saben cómo curar, cómo alimentarse, cómo vivir en equilibrio.

En la Comuna 12 de Buenaventura, los riesgos que enfrenta el bosque secundario y su diversidad son, al mismo tiempo, riesgos para las comunidades que lo han custodiado. La pérdida de biodiversidad y de saberes tradicionales, caminan de la mano, y sus causas son múltiples.

La presión de la urbanización

Uno de los principales factores de amenaza es el avance desordenado de la mancha urbana sobre los relictos forestales. La expansión de barrios, vías, y asentamientos irregulares ha invadido progresivamente las áreas de bosque

secundario, reduciendo su extensión y fragmentándola en pequeños parches aislados.

Según la FAO (2016), la fragmentación de los ecosistemas disminuye la resiliencia de los bosques y reduce su capacidad de ofrecer servicios ambientales esenciales como la regulación hídrica, el mantenimiento de la biodiversidad y la provisión de recursos no maderables.

En los recorridos realizados, los habitantes mayores recordaban con nostalgia los tiempos en que "el bosque empezaba al dar tres pasos fuera de casa". Hoy, en muchos sectores, el verde ha sido reemplazado por cemento, y con él se desvanece también el acceso directo a plantas medicinales, frutos silvestres y materiales tradicionales.

La amenaza de los monocultivos

Otro peligro latente es el avance de monocultivos comerciales, como la palma africana y el plátano, que promueven la homogenización del paisaje. Estos sistemas agrícolas intensivos no solo degradan los suelos, sino que reducen drásticamente la diversidad vegetal y desplazan las especies nativas utilizadas tradicionalmente por las comunidades (Morales et al., 2002).

Don Sebastián, uno de los sabios entrevistados, lo resume así: “Donde siembran palma, ya no vuelve a nacer el monte bueno. El suelo se muere de hambre”.

Los monocultivos, además, rompen las cadenas de transmisión de saberes. Al eliminar la diversidad del paisaje, reducen las oportunidades de aprendizaje práctico para las nuevas generaciones, desconectándolas aún más del conocimiento ancestral.

La erosión cultural: saberes que se apagan

El conocimiento tradicional sobre el uso de productos no maderables se transmite principalmente de forma oral, a través de la práctica diaria y los relatos de mayores a jóvenes. Sin embargo, este proceso está cada vez más amenazado.

Como advierten Chávez y Arango (2004), factores como la migración rural-urbana, la influencia de patrones culturales externos, la falta de reconocimiento social del saber ancestral y el desinterés de las nuevas generaciones están provocando una pérdida acelerada de conocimientos tradicionales.

Durante los talleres realizados con miembros de la comunidad, se hizo evidente que mientras los adultos mayores podían nombrar y describir

usos de más de 30 especies locales, muchos jóvenes apenas reconocían unas pocas. Para ellos, las plantas medicinales se ven como “cosas de abuelitas” o “remedios del pasado”, desconectadas de la vida moderna.

Esta erosión cultural es tan peligrosa como la pérdida física del bosque. Porque aun si la vegetación persiste, sin el saber que le da sentido, su valor simbólico y práctico se desvanece.

Consecuencias: cuando se pierde un saber, se pierde un mundo

Cada planta olvidada, cada receta no transmitida, cada historia no contada representa una pérdida múltiple:

Pérdida de salud comunitaria: al desaparecer las plantas medicinales y su uso, se reducen las opciones de atención primaria en zonas donde el acceso a servicios médicos es limitado.

- Pérdida de soberanía alimentaria: se reducen las fuentes locales de nutrición complementaria, aumentando la dependencia de productos externos y procesados.
- Pérdida de identidad cultural: la relación simbólica entre el bosque y las prácticas culturales afrodescendientes se debilita,

afectando el sentido de pertenencia territorial.

- Pérdida de resiliencia ambiental: al homogenizarse el paisaje, disminuye la capacidad del ecosistema para recuperarse de perturbaciones y adaptarse al cambio climático.

Neumann y Hirsch (2000) insisten en que proteger los productos forestales no maderables y los saberes asociados no es un lujo académico: es una estrategia urgente para la sostenibilidad ecológica y social de los territorios.

Reconocer estos riesgos no debe llevarnos al desaliento, sino a la acción. La protección de los bosques secundarios de Buenaventura pasa necesariamente por estrategias integrales que combinen:

- Educación ambiental: para reconectar a los jóvenes con sus territorios y saberes ancestrales.
- Manejo participativo de los bosques: involucrando a las comunidades locales en la toma de decisiones sobre conservación y uso sostenible.
- Revalorización cultural del conocimiento tradicional: a través de programas educativos, celebraciones comunitarias y

apoyo a los sabios y sabias como portadores de memoria viva.

Como bien señala Toledo (2003), la etnoecología —el estudio de las relaciones entre culturas y naturaleza— demuestra que los saberes tradicionales no son reliquias del pasado, sino herramientas poderosas para construir futuros más justos y sostenibles.

El bosque de Buenaventura aún respira. Aún habla. Aún enseña. Pero sus voces se vuelven más tenues. Escucharlas, protegerlas y aprender de ellas es, hoy, un acto de responsabilidad histórica.

Capítulo 6

Hacia una nueva cultura de conservación

Proteger el bosque no es solo un acto de defensa ambiental. Es también un acto de gratitud hacia las generaciones que nos precedieron y de responsabilidad hacia las generaciones que vendrán. Cada árbol salvaguardado, cada saber recuperado, cada práctica transmitida es un puente tendido hacia un futuro en el que la vida —toda la vida— pueda continuar floreciendo.

Los bosques secundarios de la Comuna 12, aunque fragmentados y amenazados, aún guardan un potencial inmenso. No solo por la biodiversidad que contienen, sino porque en ellos laten saberes, memorias, modos de habitar el mundo que nos ofrecen lecciones urgentes en tiempos de crisis ecológica global.

Para que esta promesa se cumpla, es necesario imaginar y construir una nueva cultura de conservación, enraizada en el respeto, la participación comunitaria y el diálogo entre saberes.

La educación ambiental como semilla de futuro

La educación ambiental no debe limitarse a transmitir información sobre especies o ecosistemas. Debe convertirse en un proceso vivo que conecte emocionalmente a niños, jóvenes y adultos con su territorio, sus plantas, sus historias.

Programas escolares que integren salidas de campo, siembras comunitarias, talleres de reconocimiento de plantas medicinales y rescate de relatos ancestrales son esenciales para reconectar a las nuevas generaciones con el bosque que las rodea (Leff, 2022).

Como comentaba la profesora Diana, del Liceo de Occidente:

“No basta enseñar los nombres de las plantas. Hay que enseñar a quererlas, a entender que sin ellas no somos nada”.

La educación ambiental debe ser crítica, liberadora y situada en la realidad local, rescatando los saberes afrodescendientes como parte fundamental del patrimonio ecológico y cultural.

La conservación participativa: el bosque como bien común

No existe conservación verdadera sin participación activa de las comunidades locales. Los habitantes de la Comuna 12 no deben ser vistos como amenazas al bosque, sino como aliados imprescindibles para su preservación.

La gestión comunitaria del bosque —a través de comités ambientales, acuerdos de uso sostenible y creación de microreservas comunitarias— puede fortalecer el vínculo entre la biodiversidad y el bienestar social (Pretty, 2003).

Experiencias exitosas en otros territorios del Pacífico colombiano demuestran que, cuando se respeta el conocimiento tradicional y se brinda apoyo técnico y organizativo, las comunidades se convierten en las mejores guardianas de sus ecosistemas.

Revitalizar el saber: memoria viva, futuro posible

El rescate y la revitalización del conocimiento tradicional sobre productos no maderables es urgente. No como un ejercicio de nostalgia, sino como una estrategia de soberanía, salud y dignidad.

Proyectos de etnobotánica participativa, donde sabios y sabias mayores transmitan sus conocimientos a niños y jóvenes, pueden ser claves para mantener viva esta memoria verde (Toledo, 2005).

Además, promover ferias de plantas medicinales, publicaciones comunitarias, festivales culturales y rutas ecoturísticas centradas en el saber botánico puede contribuir a revalorizar socialmente este patrimonio intangible.

Así, el bosque no sería solo una fuente de recursos: sería también un espacio de aprendizaje, de encuentro y de reencantamiento con la vida.

Caminos de esperanza

Frente a los riesgos que enfrenta la Comuna 12, existen razones para la esperanza:

- Persistencia de los saberes: Aún subsisten sabios que guardan un conocimiento vasto sobre el bosque.
- Interés de algunos jóvenes: Durante los talleres, varios adolescentes mostraron entusiasmo por aprender los usos de las plantas.
- Riqueza ecológica: Aunque fragmentados, los transectos estudiados conservan una

diversidad importante que puede sustentar procesos de restauración.

Como afirma Toledo (2005), la sostenibilidad verdadera nace de entrelazar respetuosamente naturaleza y cultura. No se trata solo de "conservar" espacios, sino de habitar en armonía. Cada semilla plantada, cada planta reconocida, cada historia compartida es un acto de resistencia y de amor hacia la tierra.

Los bosques de Buenaventura nos llaman no solo a protegerlos, sino a aprender de ellos. A sanar nuestras maneras de habitar el mundo. A recordar que somos parte de su trama.

Conclusión

Hay realidades que no se capturan en fotografías ni en inventarios. Hay riquezas que no se miden en hectáreas ni en toneladas, porque pertenecen a otro orden: el de los vínculos invisibles que sostienen la vida. Esos vínculos son el conocimiento que une a una comunidad con su bosque; la fe que convierte una semilla en medicina; el respeto que transforma a la tierra en madre y maestra. En la Comuna 12 de Buenaventura, esos lazos todavía respiran.

Se sienten en el murmullo del bosque secundario, en las manos sabias que saben recoger la hoja justa, en los cantos que acompañan la siembra y la recolección. Pero esos lazos son frágiles. Como hilos finos que el olvido, el cemento y la prisa moderna amenazan con romper.

Este libro ha sido un intento de escuchar esas voces silenciadas, de caminar despacio entre senderos donde aún brota la diversidad, de reconocer que cada planta nombrada, cada uso recordado, cada historia compartida, es una victoria contra el olvido.

A lo largo del recorrido, hemos aprendido que la biodiversidad no es solo un hecho biológico: es también una construcción cultural. Que

proteger un bosque no es únicamente preservar su masa vegetal: es sostener el conocimiento, la memoria y la identidad que florecen bajo su sombra.

Los índices ecológicos son valiosos, pero cada cifra, cada porcentaje, encierra una posibilidad viva: la posibilidad de curar, de nutrir, de reconectar. Frente a la urbanización desbordada, los monocultivos expansivos y la erosión cultural, la esperanza germina en las semillas de resistencia:

En los sabios que continúan enseñando.
En los jóvenes que redescubren el valor de su tierra.

En las comunidades que defienden su derecho a vivir en equilibrio con la naturaleza.

Cuidar lo que no siempre se ve —los saberes, los vínculos, las memorias— es hoy uno de los actos más urgentes y, a la vez, uno de los más hermosos.

El bosque, con su paciencia milenaria, sigue hablándonos.

Nos recuerda que no somos sus dueños, sino parte de su vasta red de vida.

Que cuidar el bosque es, en última instancia, un acto de cuidado hacia nosotros mismos.

Bibliografía

Aguirre, Z., & Aguirre, L. (2021). Estado actual e importancia de los Productos Forestales No Maderables. *Bosques Latitud Cero*, 11(1), 71-82.
<https://keneamazon.net/Documents/Taller/2/ESTADO-ACTUAL-PFNM.pdf>

Alegría, N. (2023). Salud Sexual y Reproductiva en Buenaventura: Lecturas y Ecos de las voces de las burocracias subalternas. *Revista IusGénero América Latina*, 2(1).
<https://revistaiusgenero.com/index.php/igal/article/view/33/34>

Benítez, M., & Cuero, C. (2015). *Diversidad de plantas no maderables en bosques secundarios de Buenaventura* [Trabajo de grado]. Universidad del Pacífico.

Berkes, F. (2017). *Sacred ecology*. Routledge.
<https://www.taylorfrancis.com/books/mono/10.4324/9781315114644/sacred-ecology-fikret-berkes>

Castro, D. (2024). *Entre carbono y comunidad: análisis de conflictos socioambientales en la implementación de proyectos de carbono en comunidades étnicas: estudio de caso proyecto*

REDD+ en el Consejo Comunitario de Bajo Calima, distrito de Buenaventura [tesis de maestría]. Universidad Nacional Abierta y a Distancia – UNAD.

<https://repository.unad.edu.co/bitstream/handle/10596/64736/dcastro.pdf?sequence=1&isAllowed=y>

Chávez, C., & Arango, M. (2004). *La transmisión del conocimiento tradicional en contextos de cambio cultural*. Instituto de Investigaciones Ambientales del Pacífico.

FAO. (2011). *Situación de los Bosques del Mundo (FAO)*.

FAO. (2007). *La importancia de los bosques secundarios*. Organización de las Naciones Unidas para la Agricultura y la Alimentación.

FAO. (2016). *El Estado de los bosques del mundo 2016. Los bosques y la agricultura: desafíos y oportunidades en relación con el uso de la tierra*.

FAO. (2009). *FAO and Alliance of Bioversity International and CIAT. (2009). Indigenous Peoples' Food Systems: Insights on Sustainability and Resilience from the Front Line of Climate Change from the Front Line of Climate Change. Food and Agriculture Organization of the United Nations and Alliance of Bioversity International and CIAT [FAO]*.

FUENTES, V. R., (2005). *"Las plantas medicinales de Cuba", (inédito), tesis de candidatura, Estación de Plantas Medicinales "Juan Tomás Roig", Ministerio de Salud Pública, La Habana, 159 pp*

Leff, E. (2022). *Racionalidad ambiental: la reapropiación social de la naturaleza*. Siglo XXI Editores México.

Morales, J., Carneiro, C. M., & Serrano, O. (2002). Estado de la información forestal en Colombia. *Comisión Europea, Organización de las Naciones para la agricultura y la alimentación. Santiago de Chile*.

Nagles-Palacios, H. (2025). Jaibanás, yerbateros y parteras: los practicantes de la medicina tradicional en las comunidades emberá Dóbida y afrodescendientes en el Bajo Atrato (1970-2023). *HiSTOReLo. Revista de historia regional y local*, 17(38), 90-120. <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=9899908>

Neumann, R. P., & Hirsch, E. (2000). *Commercialisation of non-timber forest products: review and analysis of research*. <https://books.google.es/books?hl=es&lr=&id=pM--RrkFoGsC&oi=fnd&pg=PP4&dq=Commercialisation+of+Non-Timber+Forest+Products:+Review+and+Analysis>

[is+of+Research&ots=CjlPc00IR4&sig=lCj4pl4X
bApELljKg7a6FFay1Fk#v=onepage&q=Comme
rcialisation%20of%20Non-
Timber%20Forest%20Products%3A%20Revie
w%20and%20Analysis%20of%20Research&f=
false](#)

OPS. (2020). *La salud en las Américas 2020: Informe Regional*. Organización Panamericana de la Salud.

Organización del Tratado de Cooperación Amazónica. (2023). *Propuesta de Pucallpa sobre el Desarrollo Sostenible del Bosque Secundario en América Tropical*. OTCA. <https://otca.org/wp-content/uploads/2021/02/Propuesta-de-Pucallpa-sobre-el-Desarrollo-Sostenible-del-Bosque-Secundario-en-America-Tropical.pdf>

Ostrom, E. (2000). El gobierno de los bienes comunes. *La evolución de las instituciones de acción colectiva*, 2, 361.

Pino, N., & Ramírez, G. (2009). Conocimiento tradicional de especies vegetales usadas con fines mágico-religiosos en comunidades del Pacífico colombiano norte. *Boletín Latinoamericano y del Caribe de Plantas Medicinales y Aromáticas*, 8 (3), 180 – 183

Pretty, J. (2003). Social Capital and the Collective Management of Resources. *Science*, 302(5652), 1912-1914.

<https://www.science.org/doi/abs/10.1126/science.1090847>

Rodríguez, K. J., & Maldonado, J. H. (2009). Importancia de los productos forestales maderables y no maderables en los hogares de Puerto Nariño (Amazonas, Colombia). *Cuadernos de desarrollo rural*, 6(62), 31-52.

http://www.scielo.org.co/scielo.php?pid=S0122-14502009000100003&script=sci_arttext

Sen, A. (2000). El desarrollo como libertad. *Gaceta ecológica*, (55), 14-20.
<https://www.redalyc.org/pdf/539/53905501.pdf>

Smith, J; Sabogal, C; Jong, W; Kaimowitz, D. 1997. *Bosques secundarios como recurso para el desarrollo rural y la conservación ambiental en los trópicos de América Latina*. Center for international forestry research.
<https://dlc.dlib.indiana.edu/dlc/items/45b3da61-d45d-44d3-91ae-21756f40ceeb>

Toledo, V. (2003). *Ecología, Espiritualidad y Conocimiento*.
<https://www.uv.mx/orizaba/cosustenta/files/2015/05/Ecologia-Espiritualidad-y-Conocimiento.pdf>

Toledo, V. (2005). La memoria tradicional: la importancia agroecológica de los saberes

locales. *Leisa Revista de agroecología*, 20(4), 16-19.

Vásquez Londoño, C. A. (2012). *Clasificación por categorías térmicas de las plantas medicinales, en el sistema tradicional de salud de la comunidad afrodescendiente de Palenque San Basilio, Bolívar, Colombia* [Tesis de doctorado]. Universidad Nacional de Colombia. <https://repositorio.unal.edu.co/handle/unal/11521>